

Arpillera doble, la muerte del Raspa y otras historias

Carlos Ripoll Pérez de los Cobos

«El estilo que tengo me es natural, y sin afectación alguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígoles cuanto más llanamente me es posible, porque, a mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación».

(Diálogo de la lengua», Juan de Valdés

... O si no cuando el Moro hizo un hoyo entre los raíles del Chicharra y al venir el tren, chuchuchú chù, piií, salía de debajo de los sacos y braceaba con medio cuerpo arriba y el maquinista tenía que frenar, pero el tren ni caso, que no podía, y entonces el Moro, cuando ya lo tenía encima, se volvía a meter en el hoyo y se echaba la arpillera doble que le cosiera la Casilda con sus manecitas blancas de bordar de fino para que no le cayesen los restos de carbón que salían por debajo de la máquina y le quemasen los brazos y la cara; Barrabás, Barrabás, gritaba el maquinista y casi no se le oía con el ruido de la caldera y el chirrido de los frenos, tampoco es que supiera muy bien quién era Barrabás pero daba lo mismo, a nosotros lo que de verdad nos gustaba era hacer de Barrabás y comernos las flores del paniqueño cuando las daba, que era más o menos por abril o mayo, mucho más divertido que estar en la escuela con las señoritas del Auxilio Social que enseñaban el alfabeto en la casa del Coronel Cobos, tan perdido en el recuerdo, y que se balanceaban de atrás adelante dando palmaditas y cantando las letras y las sílabas para que las aprendiéramos y nos hiciéramos hombres de provecho, con los años llegué a saber en lo que paran los hombres de provecho, muy enfadadas con el Antero porque nunca prestaba atención a las lecciones y siempre estaba chafando moscas contra los cristales, que ni siquiera eran cristales, porque cuando la guerra los habían roto a pedradas y habían puesto en su lugar pedazos de papel grueso untados con aceite que había recortado doña Chari y que la Petra y la Antonia habían pegado con precinto en los travesaños de las ventanas, pero era igual, por-

que el viento que nunca para en el pueblo los sacaba de su sitio y hacían un ruido de torcazo al levantar vuelo en sembrado o entre pinos y entonces hacíamos el zureo como los torcazos y doña Chari se enfadaba mucho y hacía que nos calláramos y nos daba con la palmeta, pero flojo, porque en el fondo doña Chari era una buena mujer y no como doña Purificación, que por lo que decían las comadres del primer Distrito tenía la hiel reventada desde que le mataron al marido, héroe y santo, en el Ebro y tenía que dormir sola, la pobre. Además, nosotros, el Juani, yo y el Antero y el Moro, siempre estábamos metiéndonos con el Raspa, Raspa qué peste echas, Raspa que hueles a muerto, porque el Raspa tenía la sarna y su madre lo esquilaba como una oveja para poder untarle las llagas con polvo de azufre y que al Raspa se le curase la sarna y ya no echara peste a muerto, a demonio y a rojo y no nos metiéramos con él en la escuela del Auxilio Social y de paso no le pegase la sarna a sus hermanicos.

También me acuerdo que cuando hacía luna, el Antero se salía por el patio de su casa y subía por la canallera hasta los tejados, como una araña, y entonces iba por sobre las filas de tejas apedreando los gatos y se llegaba hasta la claraboya destrás de la que yo duermo y me despertaba y entonces nos íbamos a despertar también al Raspa y al Juani y después a las huertas de encima del charco del Zorro porque ya las fresquillas y las buenas peras y las ciruelas y los melocotones iban entrando en sazón y estaban más gustosos que el agua de fregar y pan de centeno que nos daban en la escuela por una cincuenta, debajo de la fotografía del Caudillo, ay, que estaba

retratado encima de la pizarra y que parecía tener perdida muy lejos la mirada, en el Imperio y esas cosas. Lo que nunca contaba el Antero es que cuando llegaba a la altura de la ventana de la Casilda se paraba y pegaba la nariz contra el cristal por ver si la veía y así se quedaba un rato hasta que yo, que ya lo estaba esperando, le maullaba como teníamos de contraseña y se ponía colorado, veloz hacia mi claraboya más rápido sobre las tejas porque le daba envidia que la Casilda le hubiera cosido al Moro la arpillera de meterse bajo el tren, aunque tampoco le pasaba como al Raspa, que con la sarna y el polvo de azufre no podía arrimarse a las nenas, porque claro, con las ronchas arrugaban el hocico, las nenas es que son muy escolimadas. Lo que hacíamos era irnos a robar fruta en verano y nueces cuando septiembre y cogíamos palos y nos defendíamos de los perros de los guardas, que a veces hacían zurrir las cadenas con que los encadenaban y parecía que más que ponerse furiosos y defender la fruta nos pedían que los soltásemos, que algunos parecían demonios de la miseria que llevaban encima y tenían un ladrido de condenado, más de una vez se llegó el Raspa hasta alguno de aquellos soltándolo y el perrasco se sacudía y le lamía las manos aullando de gusto, pero luego arrugaba los belfos y chascaba la lengua, le pasaba como a las nenas, porque el Raspa siempre se estaba rascando la sarna y las manos le echaban gusto a azufre, sólo uno al que llamaban Satán, vaya usted a saber por qué, lo soportaba.

Lo malo era en invierno cuando íbamos temprano al Losado y cantábamos el Cara al Sol delante de la placa de los Caídos y parecía que las

orejas te las comían las ratas, que hacía mucho frío en aquellas mañanas de invierno y el que tenía abrigo, bueno, pero el que no, se tenía que joder con los helores y aguantarse hasta que entrábamos en clase a dar el alfabeto y venía a ser igual, porque también hacía mucho frío. Y eso era lo que le pasaba al Juani, que tenía al padre cumpliendo condena en el pantano de Yeste desde que se lo llevó la IV de Navarra, porque en la guerra había sido muy malo y había sacado a dos o tres de su casa y les había metido un tiro riéndose, que eso fue lo peor, que se riera, encima, y luego a los del tiro les habían puesto una placa en Santiago y otra en el Salvador y a las viudas les habían dado la medalla de Sufrimientos por la Patria, tan orondas ellas, también decía el Juan que su madre mentaba al padre por la noche y siempre suspiraba y se revolvía inquieta en el catre y al final se dormía, pero se levantaba ojerosa y con los ojos hinchados de llorar y a veces le tiraba algún tiesto al Juani cuando se le iba la mano y estaba de mal ángel. Y luego, cuando estábamos poniendo los espartos con el vesque —visque mentábamos nosotros— para los pájaros, el Juani nos decía mi madre me ha pegado hoy, y nos enseñaba los verdugones, porque le daba con la correa vieja del padre y nosotros no sabíamos qué decir y el Juani se quedaba en cuclillas mirando fijo los espartos con el unte retocándolos y tapándolos mejor con la tierra y las piedrecicas, pero era igual, porque al final siempre acababa con dos lágrimas rodando por las mejillas y a nosotros nos daba mucha pena y ganas de llorar también y nos poníamos muy tristes.

Y entonces llegaron el párroco y el médico y dijeron que sacaran el cuerpecito de la charca, porque cuando lleve y baja la rambla por el puente del Poyo se hacen una charcas como para ahogarse uno y eso mismo fue lo que le pasó al Raspa, que no sabía nadar y mira que muchas veces quisimos que aprendiera cuando nos lo llevábamos a las balsas del Prao a coger ranas y les metíamos un petardo por el culo y luego lo prendíamos y los pobres bichos reventaban como ahora quieren ha-

cer con el mundo, meterle un petardo por el culo y que reviente, la expresión mansa en los ojos dorados con un punto negro, pero el Raspa no quería y ponía cara de recelo y escarbaba con el pieccecito como los toros cuando van a embestir y decía que no se metía al agua porque le daba miedo la ova y se lo iban a comer las ranas y los sapos en venganza por los petardos, pero lo que pasaba es que le daba vergüenza que lo viésemos que no sabía nadar y al final, mira, va y se ahoga, por cabezón. Pero lo peor fue cuando tuvo que venir la madre del Raspa y la pobre lloraba y apretaba al hijo muerto contra el pecho y gritaba con las rodillas gordas llenas del barro de la charca y aullaba como una perra a la que tiran los hijos a pozo seco, aquello nos dio mucha pena, la madre le acariciaba la cabecita rapada con las llagas de la sarna y le besaba la cara y el cuello y los ojos cerrados, que ya se le estaban amaratando con la muerte, y decía hijo mío, pobre hijo mío, que no atinaba a decir otra cosa. Y esa tarde le pusieron el velatorio en su cueva con la cajita que regaló doña Chari, de pino blanco con unas asitas de bronce sobredorado y un Cristo también de bronce en la tapa y la pusieron sobre una mesa de matanza con cobertor blanco de lana por encima para que no se le viesen los agujeros de la carcoma, tan limpia y aparente la cajita sobre la mesa. Y nos dieron una taza con chocolate a cada uno y un bizcocho que había traído doña Purificación de su casa, pero no pudimos comérselo porque se nos atragantaba con el llanto y por ello nos lo echamos al bolsillo para luego y nada más que nos bebimos el chocolate. Y había que ver cómo aullaba la Canela al lado del Raspa muerto, como una carne, sólo los perros aullan así, siempre se venía con nosotros a cazar ratas o lo que fuera. Al Raspa lo velaron toda la noche, pero nosotros sólo pudimos quedarnos hasta las dos porque se nos cerraban los ojos y al día siguiente no pude ir al entierro, las sábanas pegadas hasta muy tarde, que mi madre ni me quiso despertar porque no fuese al cementerio a ver esas cosas tan tristes como que le entierren a uno los amigos. ■

